

Aws y Jazrach

Las tribus de Aws y Jazrach tenían alianzas con algunas de las tribus judías que vivían junto a ellas en Yathrib. Pero las relaciones entre unos y otros a menudo eran tensas y cargadas de hostilidad, debido en gran parte a que los monoteístas judíos, conscientes de ser el pueblo elegido por Dios, despreciaban a los árabes politeístas, mientras que al mismo tiempo tenían que mostrarles cierto respeto a causa de su mayor poderío. En momentos de aspereza y frustración se sabía que los judíos decían: *"Prácticamente ha llegado ya el tiempo de un Profeta que tiene que ser enviado; con él os daremos muerte, del mismo modo que Ad e Iram fueron muertos."* ⁽¹⁾ Y a sus rabinos y adivinos, cuando se les preguntaba por dónde vendría el Profeta; siempre habían señalado en la dirección del Yemen, que era también para ellos la de la Meca. Así pues, cuando los árabes de Yathrib oyeron que de hecho un hombre en la Meca se proclamaba ahora profeta, aguzaron bien los oídos, y su interés se acrecentó cuando se les contó algo sobre su mensaje, porque ya les eran familiares muchos de los principios de la religión ortodoxa. En momentos de mayor distensión, los judíos les hablaban con frecuencia de la Unidad de Dios y de los fines últimos del hombre, y discutían juntos sobre estos temas. La idea de que resucitarían de la muerte era especialmente difícil de aceptar para los politeístas, y, advirtiendo esto, uno de los rabinos había señalado hacia el sur y había dicho que de allí estaba a punto de llegar un Profeta que afirmaría la verdad de la Resurrección.

Pero su preparación mayor para las noticias de la Meca había venido indirectamente de un judío llamado Ibn al-Hayyaban. Emigrado de Siria, en más de una ocasión había salvado de la sequía al oasis gracias a sus plegarias en petición de lluvia. Este hombre santo había muerto por la época en que el Profeta recibió su primera Revelación, y cuando se había sentido próximo a morir como les contaron posteriormente a Aws y a Jazrach - dijo a quienes lo rodeaban: *"¡oh judíos! ¿Qué fue, pensad, lo que me hizo abandonar una tierra de pan y vino por una tierra de privaciones y hambre?"* "Tú eres quien mejor lo sabe", le respondieron. *"Vine a este país"*, les contestó, *"esperando la llegada de un Profeta cuyo tiempo está cerca. Él emigrará a este país. Tenía esperanzas de que me hubiera dado tiempo de seguirle. Su hora la tienes encima."* (1.1.136). De entre quienes oyeron estas palabras, algunos jóvenes judíos las tomaron muy en serio, y gracias a ellas pudieron, cuando llegó el momento, aceptar al Profeta aun no siendo judío.

Pero en general, mientras que los árabes se mostraban a favor del hombre pero contrarios al mensaje, los judíos estaban a favor del mensaje pero contra el hombre. Porque ¿cómo podría enviar Dios un Profeta que no fuera del pueblo elegido? Con todo, cuando los peregrinos traían a Yathrib noticias del Profeta los judíos se interesaban a pesar suyo y vehementemente interrogaban para que les diesen más detalles. Cuando los árabes del oasis se dieron cuenta de esta vehemencia y vieron de qué modo la naturaleza monoteísta del mensaje aumentaba diez veces más el interés de los rabinos, no pudieron evitar sentirse impresionados, como lo estaban los mismos portadores de las nuevas.

Aparte de tales consideraciones, la tribu de Jazrach era plenamente consciente de sus fuertes lazos de parentesco con el mismo hombre que decía ser un profeta y que había visitado Yathrib con su madre siendo niño, y, posteriormente, más de una vez de camino hacia Siria. En cuanto a los Aws, uno de sus hombres principales, Abu Qays, se había casado con una mequí que era tía de Waraqah y también de Jadiyah. Abu Qays había residido a menudo con la familia de su mujer, y respetaba la opinión de Waraqah sobre el nuevo profeta.

(1) Tribus árabes de la antigüedad, aniquiladas repentinamente por rehusar obedecer a los profetas que fueron enviados.

Todos estos factores, además de los continuos informes de los peregrinos y de otros visitantes de la Meca, comenzaron a trabajar entonces sobre la población del oasis. Por el momento la mayor parte de su atención se centraba en los urgentes problemas de sus propios asuntos internos. Una disputa que había terminado en derramamiento de sangre entre Aws y Jazrach había involucrado progresivamente a un número cada vez mayor de clanes de las dos tribus. Incluso los judíos habían tomado partido. Ya se habían librado tres batallas, pero, en lugar de ser decisivas, sólo habían conseguido excitar más los ánimos, multiplicando las exigencias de venganza. Parecía inevitable una cuarta batalla de dimensiones mayores que las anteriores, y fue a la vista de esto que los jefes del Aws tuvieron la idea de enviar una delegación a la Meca para pedir al Quraysh su ayuda contra Jazrach.

Mientras estaban esperando una respuesta el Profeta se acercó a ellos y les preguntó si querían algo mejor que aquello a por lo que habían venido. Le dijeron que qué podría ser, y él les habló de su misión y de la religión que había recibido la orden de predicar. Luego les recitó algo del Corán, y cuando hubo terminado, un joven llamado Iyas, hijo de Muadh, exclamó: "*¡Compañeros, por Dios que esto es mejor que aquello a por lo que vinimos!*", pero el jefe de la delegación tomó un puñado de tierra y lo arrojó a la cara del joven, diciendo: "*¡Cállate! ¡Por mi vida, hemos venido a por otra cosa!*" Iyas se quedó callado y el Profeta los dejó. El Quraysh denegó su petición de ayuda y se volvieron para Medina. Poco después de esto murió Iyas, y aquellos que presenciaron su muerte dijeron que, incesantemente, lo habían escuchado dar testimonio de la Unidad de dios, y magnificarlo, alabarlo y glorificarlo hasta el final. De este modo, se le reconoce como el primer hombre de Yathrib que abrazó el Islam.

Un pacto de caballería

Cuando terminó sus negocios en Siria, Abu Talib regresó a la Meca con su sobrino, que continuó con su vida solitaria de antes. Sus tíos procuraron que Muhammad(saws), al igual que Abbas y Hamzah, tuviese algún adiestramiento en el empleo de las armas de guerra. Hamzah estaba destinado claramente a ser un hombre de enorme estatura, dotado de gran fuerza física. Ya era un buen espadachín y un buen luchador. La estatura y la fuerza de Muhammad(saws) eran normales. Poseía una notable aptitud para el tiro con arco y prometía ser un excelente arquero, como sus grandes antepasados Abraham e Ismael. Una notable ventaja con la que contaba para esto era la agudeza de su visión: tenía fama de ser capaz de contar no menos de doce estrellas de la constelación de las Pléyades.

En aquellos años el Quraysh no estuvo envuelto en ninguna lucha, salvo un conflicto esporádico e intermitente que se conoció como la guerra sacrilega, porque había comenzado en uno de los meses sagrados. Un libertino de la tribu de Kinanah había dado muerte a traición a un hombre de Amir, una de las tribus Hawazin del Nachd, y se había refugiado en la inexpugnable ciudad fortaleza de Jaybar. La secuencia de acontecimientos se desarrolló como era común en el desierto: el honor exigía venganza, por lo que la tribu del asesinado atacó a Kinanah, la tribu del asesino, y el Quraysh estuvo involucrado, más bien con poca gloria, como aliado de Kinanah. El conflicto se arrastró durante tres o cuatro años, en los cuales hubo solamente cinco días de combate real. En aquel tiempo el cabeza del clan de Hashim era Zubayr, hermano uterino, como Abu Talib, del padre de Muhammad(saws). Zubayr y Abu Talib llevaron a su sobrino consigo a una de las primeras batallas, pero dijeron que era demasiado joven para luchar. Se le permitió no obstante ayudar recogiendo las flechas enemigas que habían errado el blanco y dándoselas a sus tíos para que las volvieresen a disparar. (Ibn Ishaq, 119). Pero en una de las batallas posteriores, en la que el Quraysh y sus aliados llevaron la peor parte, le permitieron que mostrase su destreza como arquero y hubieron de elogiarlo por su valor. (Ibn Saad, I/1, 81).

La guerra ayudó a avivar el creciente descontento que toda comunidad sedentaria tiende a sentir de la ley del desierto. La mayoría de los hombres principales del Quraysh habían viajado a Siria y habían visto por sí mismos la relativa justicia que prevalecía en el Imperio Bizantino. En Abisinia también era posible tener justicia sin recurrir a la lucha. Pero en Arabia no existía ningún sistema legal comparable por el que la víctima de un crimen o su familia pudiera obtener reparación; era pues natural que la guerra sacrilega, como otros conflictos anteriores, hiciese pensar a muchos en formas y medios para evitar la repetición de una situación semejante. Pero en esta ocasión el resultado fue algo más que simples pensamientos y palabras: por lo que al Quraysh se refería, había ahora una extendida buena disposición para pasar a la acción, y su sentido de justicia fue puesto a prueba por un incidente escandaloso que tuvo lugar en la Meca en las primeras semanas que siguieron a la conclusión de la guerra.

Un mercader del puerto yemení de Zabid había vendido algunos artículos de valor a un notable del clan de Sahm. Una vez que los géneros obraron en su poder, el sahmí se negó a pagar el precio convenido. El mercader agraviado, como su agraviante bien sabía, era un extraño en la Meca y en toda la ciudad no tenía confederado o patrón al que poder acudir en busca de ayuda. Aun así no estaba dispuesto a dejarse impresionar por la insolente confianza en sí mismo del otro hombre y, tomando posición en la ladera de Abu Qubays, apeló a todo el Quraysh con elocuencia ruidosa y

vehemente para que se ocupara de que se hiciera justicia. Los clanes que no tenían alianza tradicional con Sahn respondieron de forma inmediata. El Quraysh estaba resuelto a mantenerse unido por encima de todo, sin hacer caso del clan, pero dentro de esa unión todavía existía una conciencia aguda de la desavenencia que, sobre el legado de Qusayy, los había dividido en dos grupos: los Perfumados y los Confederados. Sahn era de los Confederados. Uno de los jefes del otro grupo y uno de los hombres más ricos de la Meca en aquella época era el jefe de Taym, Abdallah ibn Ayudan, quien ofreció entonces su gran casa como punto de reunión para todos los amantes de la justicia. De los Perfumados sólo estuvieron ausentes los clanes de Abdu Shams y Nawfal. Hashim, Muttalib, Zuhra, Asad y Taym estaban todos bien representados, y se les unió Adi, que había sido de los confederados. Habiendo decidido, después de una acalorada discusión, que era imperioso fundar una orden de caballería para el fomento de la justicia y la protección de los débiles, se fueron todos juntos a la Kaabah, donde derramaron agua sobre la Piedra Negra dejando que cayese en un recipiente. Entonces todos los hombres bebieron del agua así santificada y, con la mano derecha alzada por encima de las cabezas, juraron que en adelante, en todo acto de opresión que se cometiese en la Meca, se pondrían todos juntos como un solo hombre de parte del oprimido y contra el opresor hasta que se hiciera justicia, tanto si el oprimido era un hombre del Quraysh como si había venido de fuera. Los sahmíes, en consecuencia, fueron obligados a pagar su deuda, y ninguno de los clanes que no habían refrendado el pacto les ofreció ayuda.

Zubayr de Hashim, junto con el jefe de Taym, fue uno de los fundadores de esta orden y llevó consigo a su sobrino Muhammad(saws), el cual tomó parte en el juramento y diría años más tarde: *"Estuve presente en la casa de Abdallah ibn Yudan con motivo de un pacto tan excelente que no habría cambiado mi parte en él por un rebaño de camellos rojos. Y si ahora en el Islam, fuera incitado a tomar parte en él, lo haría con satisfacción"* (Ibn Ishaq, 86). Otros de los presentes fueron el primo carnal del anfitrión, Abu Quhafah de Taym, junto con su hijo Abu Bakr, que era un año o dos más joven que Muhammad(saws) y que, con el tiempo, habría de convertirse en su amigo íntimo.

Asuntos de matrimonio

Muhammad(saws) había excedido ya su vigésimo año de vida y, a medida que el tiempo pasaba, recibía cada vez más invitaciones de sus parientes para unirse a ellos en sus viajes al exterior. Finalmente, llegó un día en que le pidieron que se hiciera cargo de los géneros de un mercader que estaba incapacitado para viajar, y su éxito en esta tarea lo llevó a otros compromisos similares. Estuvo así en disposición de ganarse un mejor sustento y el matrimonio se convirtió en una posibilidad.

Su tío y tutor Abu Talib tenía en aquel tiempo tres hijos: el mayor, Talib, de aproximadamente la misma edad que Muhammad(saws); Aqil, de trece o catorce años, y Yafar, que era un niño de cuatro. A Muhammad(saws) le gustaban los niños, le agradaba jugar con ellos y le tomó un especial cariño a Yafar, que era un chiquillo hermoso e inteligente y que respondía al amor de su primo con una devoción que resultó ser duradera. Abu Talib también tenía hijas, una de ellas en edad casadera. Su nombre era Fatimah, más tarde llamada Umm Hani, nombre este por el que siempre se la conoce. Un gran afecto había crecido entre ella y Muhammad(saws), que ahora pidió a su tío que le permitiese desposarla. Abu Talib, sin embargo, tenía otros planes para su hija: su primo Hubayrah, el hijo del hermano de su madre, del clan del Majzum, igualmente había pedido la mano de Umm Hani y Hubayrah no sólo era un hombre de cierto caudal sino que era también, como el mismo Abu Talib, un poeta de talento. Además, el poder del Majzum en la Meca iba en un aumento que era proporcional al declive del de Hashim; Abu Talib, pues, casó a Umm Hani con Hubayrah. Cuando su sobrino le reprochó levemente, tan sólo respondió: *"Ellos nos han dado a sus hijas en matrimonio - sin duda refiriéndose a su propia madre - y un hombre generoso tiene que recompensar la generosidad."* (Ibn Saad, VIII, 108). La respuesta era poco convincente puesto que Abd al-Muttalib ya había pagado con creces la deuda en cuestión casando a dos de sus hijas, Atikah y Barrah, con hombres del Majzum. Sin duda Muhammad(saws) tomó las palabras de su tío como un modo de responderle, no crudamente sino de manera cortés, que todavía no estaba en disposición de casarse. De cualquier forma, eso es lo que él mismo había decidido entonces para sí; pero circunstancias imprevistas pronto habrían de inducirlo a cambiar de opinión.

Uno de los ricos mercaderes de la Meca era una mujer, Jadiyah, hija de Juwaylid, del clan de Asad. Era prima carnal de Waraqah, el cristiano, y de su hermana Outaylah y, al igual que ellos, prima lejana de los hijos de Hashim. Ya había estado casada dos veces, y desde la muerte de su segundo marido había sido su costumbre contratar a un hombre para que comerciase en su nombre. Ahora Muhammad(saws) se había hecho conocido en toda la Meca como *"al-Amin"*, el Digno de confianza, el Honrado, el Honesto, y esto inicialmente se debía a los informes de quienes le habían confiado sus mercancías en varias ocasiones. Jadiyah también había oído a la familia hablar muy bien de él, y un día le envió un mensaje pidiéndole que llevase a Siria algunas de sus mercancías. Sus honorarios serían el doble de lo que jamás había pagado a un hombre del Quraysh y para el viaje le ofrecía los servicios de un mozo suyo llamado Maysarah. Muhammad(saws) aceptó lo que ella le proponía y acompañado del muchacho partió con sus mercancías hacia el norte.

Cuando llegaron a Bostra, en el sur de Siria, Muhammad(saws) se cobijó bajo la sombra de un árbol no lejos de la celda de un monje llamado Nestor. Puesto que las paradas de los viajeros a menudo permanecen sin sufrir alteración, podría haber sido

el mismo árbol bajo el que se había guarecido unos quince años antes a su paso por Bostra con su tío. Quizás Bahira había muerto y había sido sustituido por Nestor. Sea como fuere - porque sólo sabemos lo que Maysarah relató - el monje salió de su celda y preguntó al mozo: *"¿Quién es el hombre que está debajo de aquel árbol?" "Es un hombre del Quraysh," dijo Maysarah, añadiendo a modo de aclaración: "de la gente que detenta la guarda del Santuario." "Nadie sino un Profeta está sentado debajo de aquel árbol", dijo Nestor.*

Mientras proseguían hacia Siria las palabras de Nestor fueron calando en el alma de Maysarah, pero no le sorprendían mucho, ya que a lo largo del viaje había sido consciente de estar en compañía de un hombre diferente de cualquier otro que hubiera conocido antes. Esto se confirmó aún más por algo que vio en el camino de vuelta: a menudo había advertido que el calor, cosa extraña, no era agobiante, y una vez, hacia el mediodía, se le concedió una visión breve pero clara de dos ángeles que resguardaban a Muhammad(saws) de los rayos del sol.

Cuando llegaron a la Meca fueron a la casa de Jadiyah, llevándole los géneros que habían comprado en los mercados de Siria con el dinero obtenido de lo que habían vendido. Jadiyah escuchó sentada a Muhammad(saws) mientras éste describía el viaje y le hablaba de las transacciones que había hecho. Éstas resultaron ser rentables: Jadiyah había podido vender los bienes recién adquiridos por casi el doble de lo que habían costado. Aun así, semejantes consideraciones estaban lejos de sus pensamientos, porque toda su atención se centraba en quien hablaba. Muhammad(saws) tenía veinticinco años. Era de estatura media, tendiendo a la delgadez, con una gran cabeza, hombros anchos y perfectamente proporcionado el resto del cuerpo. Sus cabellos y su barba, poblados y negros, no eran del todo lisos sino ligeramente rizados. El pelo le caía hasta pasados los lóbulos de las orejas sin llegar a los hombros y la longitud de la barba era parecida. Tenía una noble anchura de frente, y a los óvalos amplios de sus grandes ojos, con pestañas excepcionalmente largas, los enmarcaban unas anchas cejas un poco arqueadas pero sin unirse. En la mayoría de las descripciones más antiguas se dice que sus ojos eran negros, pero según una o dos de aquéllas eran marrones o incluso marrones claros. Su nariz era aquilina, y la boca grande y bien formada - una elegancia siempre visible porque, aunque se dejaba crecer la barba, nunca permitía que el pelo del bigote sobrepasase el labio superior. Su piel era blanca, pero bronceada por el sol. Además de su belleza natural, tenía una luz en el rostro - la misma que había irradiado su padre, ahora más intensa en el hijo y esta luz se manifestaba de forma especial en su ancha frente y en sus ojos, que eran extraordinariamente luminosos. Jadiyah sabía que ella aún era hermosa, pero quince años mayor que él. ¿Estaría dispuesto, sin embargo, a casarse con ella?

Tan pronto como él se hubo marchado, consultó a una amiga suya, Nufaysah, que se ofreció a dirigirse a él en nombre de ella y, si era posible, a concertar un matrimonio entre ambos. Maysarah se presentó entonces ante su señora y le contó lo de los dos ángeles y lo que el monje había dicho, después de lo cual Jadiyah acudió a su primo Waraqah y le repitió esas cosas. *"Si esto es verdad, Jadiyah", dijo él, "entonces Muhammad(saws) es el profeta de nuestro pueblo. Hace tiempo que sabía que se esperaba la venida de un profeta, y su momento ya ha llegado."* (1.1.121).

Mientras tanto, Nufaysah fue a ver a Muhammad(saws) y le preguntó por qué no se casaba. *"No dispongo de medios para casarme", respondió él. "Pero si se te diesen los medios", dijo ella, "y si se te ofreciese una alianza en la que hay belleza y propiedades, nobleza y abundancia, ¿no consentirías?" "Quién es ella?"*, dijo él.

"Jadiyah", contestó Nufaysah. "¿Y cómo podría ser mío un matrimonio tal?", dijo Muhammad(saws). "¡Déjame a mí!", fue lo que ella respondió. "Por mi parte", dijo él, "yo consiento." (Ibn Saad, 1/1, 84). Nufaysah volvió con estas nuevas a Jadiyah, que entonces envió un mensaje a Muhammad(saws) pidiéndole que viniese a verla; cuando él llegó le dijo: "Hijo de mi tío, te amo por tu parentesco conmigo y porque tú siempre estás en el centro sin ser de los que entre la gente son partidarios de esto o aquello, y te amo por tu formalidad, por la belleza de tu carácter y la veracidad de tu palabra." (Ibn Ishaq, 120). Luego ella misma se ofreció en matrimonio, y acordaron que él hablaría con sus tíos y ella con su tío Amr, el hijo de Asad, porque Juwaylid, su padre, había fallecido. Fue Hamzah, a pesar de su relativa juventud, en quien los hashmíes delegaron para que les representase en este acontecimiento, sin duda porque era el más estrechamente relacionado de ellos con el clan de Asad, debido a que su hermana uterina Safiyyah se había casado recientemente con el hermano de Jadiyah, Awwam. Así pues Hamzah acudió con su sobrino a ver a Amr y le pidió la mano de Jadiyah acordaron que Muhammad(saws) le entregaría a ella doce camellas como dote.

(Ibn Ishaq, 1/i 83.) Según la tradición islámica, Muhammad(saws) no es otro que el misterioso Shiloh, al cual sería transferida "en los últimos días" la autoridad espiritual, que hasta entonces había sido prerrogativa de los judíos, habiendo sido Jesús el último Profeta del linaje de Judá. La profecía de que se trata fue hecha por Jacob inmediatamente antes de su muerte: "Jacob llamó a sus hijos y les dijo: Reunios, que voy a anunciaros lo que os sucederá en el fin de los días...No faltará de Judá el cetro, ni de entre sus pies el báculo, hasta que venga aquél de quien es, y a él darán obediencia los pueblos" (Génesis, 49:1,10)

La casa

El novio dejó la casa de su tío y se fue a vivir a la de la novia. Al mismo tiempo que fue su esposa, Jadiyah fue también una amiga para su esposo, compartiendo sus inclinaciones e ideales en notable grado. Su matrimonio fue extraordinariamente bendito y lleno de una gran felicidad, aunque no estuvo exento de los pesares de la aflicción. Ella le dio seis hijos, dos varones y cuatro niñas. El hijo mayor fue un niño llamado Qasim, y a Muhammad(saws) se le conoció como Abu-I-Qasim, el padre de Qasim; pero el niño murió antes de cumplir los dos años. El siguiente fue una niña, a la que llamaron Zaynab, que fue seguida de tres niñas más: Ruqayyah, Umm Kulthum y Fatimah, y de otro hijo de corta vida.

El día de su matrimonio Muhammad(saws) liberó a Barakah, la fiel esclava que había heredado de su padre, y, el mismo día, Jadiyah lo obsequió con uno de sus esclavos, un joven de quince años llamado Zayd. Por lo que a Barakah se refiere, la casaron con un hombre de Yathrib al cual dio un hijo, por el que fue conocida como Umm Ayman, la madre de Ayman. En cuanto a Zayd, él y otros jóvenes habían sido adquiridos recientemente en la gran feria de Ukad por el sobrino de Jadiyah, Hakim, el hijo de su hermano menor Hizam; y la siguiente vez que su tía lo visitó, Hakim mandó traer a sus nuevos esclavos e invitó a Jadiyah a escoger uno para ella. Zayd había sido el elegido.

Zayd estaba orgulloso de su linaje. Su padre, Harithah, era de la gran tribu septentrional de Kalb, cuyo territorio se extendía por las llanuras entre Siria e Iraq. Su madre pertenecía a la no menos ilustre tribu vecina de Tayy, uno de cuyos jefes en aquel tiempo era el poeta-caballero Hatim, famoso en toda Arabia por su caballerosidad y su generosidad fabulosa. Varios años habían pasado entonces desde que la madre de Zayd lo había llevado a visitar a la familia de ella y la aldea donde estaban había sido objeto de una incursión de jinetes de los Bani Qayn que se habían llevado al chico y lo habían vendido como esclavo. Harithah, su padre, lo había buscado en vano, y Zayd no había visto a ningún viajero de Kalb que le pudiese llevar un mensaje a sus padres. Pero la Kaabah atraía peregrinos de todas las partes de Arabia y, un día durante la estación sagrada, varios meses después de haberse convertido en esclavo de Muhammad(saws), vio a varios hombres y mujeres de su propia tribu y clan en las calles de la Meca. Si los hubiese visto el año anterior, sus sentimientos habrían sido muy diferentes. Había ansiado tal encuentro; sin embargo, ahora que por fin había sucedido lo ponía en un dilema. No podía deliberadamente mantener a su familia ignorante de su paradero. Pero, ¿qué mensaje podía enviarles? Cualquiera que fuese su tenor, sabía él, como hijo del desierto, que solamente un poema sería apropiado para una ocasión así. Compuso algunos versos que expresaban algo de su sentir, pero insinuaban más de lo que expresaban. Entonces abordó a los peregrinos kalbés y, habiéndoles contado quién era, dijo: "*Transmitid a mi familia estas líneas, porque bien sé que se han afligido por mí:*

*Aunque lejos me encuentre, llevad sin embargo mis palabras
A mi gente: en la Casa Sagrada
Tengo mi morada en medio de los lugares santificados por Dios
Desechad por tanto las penas que os afligian
No fatiguéis a los camellos, registrando la tierra por mi
Porque yo, alabado sea Allah,
Estoy con la mejor de las nobles familias,
En todo su gran linaje."*

Cuando los peregrinos volvieron a sus hogares portando estas nuevas, Harithah se puso inmediatamente en camino hacia la Meca con su hermano Kab, y dirigiéndose a Muhammad(saws) le rogaron que permitiese el rescate de Zayd por la cantidad que pidiese. *"Que elija él," dijo Muhammad(saws), y si os elige a vosotros, es vuestro sin rescate; si me elige a mí, yo no soy quien deba poner a otro por encima de quien me ha elegido.*" Entonces llamo a Zayd y le preguntó si conocía a los dos hombres. *"Éste es mi padre", dijo el joven, y este es mi tío.*" *"A mí tú me conoces",* dijo Muhammad(saws), *"y has visto mi compañerismo hacia ti, así pues elige entre ellos y yo."* Pero la elección de Zayd ya estaba hecha y dijo enseguida: *"No elegiría a ningún hombre antes que a ti. Tú eres para mí como mi padre y mi madre."* *"¡Qué vergüenza, oh Zayd!",* exclamaron los hombres de Kalb. *"¿Elegirás la esclavitud por encima de la libertad y por encima de tu padre, tu tío y tu familia?"* *"Así es,"* dijo Zayd, *"porque he visto en este hombre tales cosas que nunca podría elegir a otro por encima de él."*

Toda ulterior conversación fue abreviada por Muhammad(saws), que les ordenó entonces que fuesen con él a la Kaabah; y, de pie, en el Hichr, dijo en voz alta: *"¡Oh todos los presentes, dad testimonio de que Zayd es mi hijo; yo soy su heredero y él es el mío!"* (Ibn Saad, III/1, 28).

El padre y el tío tuvieron así que volverse sin que su propósito se hubiera visto cumplido. Pero teniendo en cuenta el profundo amor mutuo que había ocasionado esta adopción, la historia que tuvieron que contar a su tribu no era una historia ignominiosa; además, cuando vieron que Zayd era libre y restablecido en su honor, con lo que prometía tener una posición elevada entre las gentes del Santuario que podría beneficiar a sus hermanos y parientes en años venideros, se resignaron y regresaron sin amargura. Desde ese día el nuevo hashimí fue conocido en la Meca como Zayd ibn Muhammad(saws).

Entre las personas que con más frecuencia visitaban la casa estaba Safiyyah, ahora cuñada de Jadiyah, la más joven de las tías de Muhammad(saws), más joven incluso que él. Solía llevar con ella a su hijito Zubayr, llamado así por el hermano mayor de Safiyyah. Así pues, Zubayr conoció bien a sus primas, las hijas de Muhammad(saws), desde su más tierna infancia. Con Safiyyah también venía su fiel criada Salma, que había asistido a Jadiyah en el parto de todos sus hijos y que se consideraba a sí misma como una más de la casa.

Con el paso de los años hubo visitas ocasionales de Halimah, la nodriza de Muhammad(saws), y Jadiyah siempre se mostró generosa con ella. Una de estas visitas tuvo lugar en una época de intensa y extendida sequía debido a la cual los rebaños de Halimah habían mermado seriamente, y Jadiyah la obsequió con cuarenta ovejas y un camello con litera. (Ibn Ishaq./1, 71). Esta misma sequía, que produjo una cierta carestía en el Hiyaz, fue la causa de una incorporación muy importante a la familia.

Abu Talib tenía más hijos de los que podía mantener, y la escasez dejó sentir su peso sobre él abrumadoramente. Muhammad(saws) lo advirtió y sintió que había que hacer algo. Abu Lahab era el más rico de sus tíos, pero estaba algo distanciado del resto de la familia, en parte sin duda porque nunca había tenido hermanos o hermanas uterinos entre ellos, habiendo sido único hijo de su madre. Muhammad(saws) prefería pedir ayuda a Abbas, que bien podía proporcionarla, ya que era un próspero mercader, y con él tenía una estrecha relación por haberse criado juntos. Igual de íntima, o incluso más, era la mujer de Abbas, Umm al-Fadí, que lo quería muchísimo y siempre lo recibía afectuosamente en su casa. En consecuencia se dirigió entonces a ellos y sugirió que cada una de las dos familias debía hacerse cargo de los hijos de Abu Talib

hasta que la situación mejorase. Asintieron de buena gana, y los dos hombres fueron a ver a Abu Talib, que dijo tras escuchar su propuesta: *"Haced vuestra voluntad, pero dejadme a Aqil y Talib."* Yafar tenía entonces unos quince años y ya no era el más pequeño de la familia. Su madre, Fatimah, había dado aún otro hijo a Abu Talib, unos diez años más joven, y le habían llamado Ali. Abbas dijo que él se encargaría de Yafar, con lo cual Muhammad(saws) acordó hacer lo mismo con Ali. Fue por esa época cuando Jadiyah había dado a luz a su último hijo, un niño llamado Abdallah, pero el pequeño había fallecido a una edad aún más temprana que Qasim. En cierto sentido fue reemplazado por Ali, que fue criado como un hermano para sus cuatro primas, siendo aproximadamente de la misma edad que Ruqayyah y Umm Kulthum, algo más joven que Zaynab y un poco mayor que Fatimah. Estos cinco, junto con Zayd, formaban la familia más inmediata de Muhammad(saws) y Jadiyah. Pero había muchos otros parientes por quienes sentía un profundo cariño y que desempeñan un papel, grande o pequeño, en la historia que aquí se narra.

El tío mayor de Muhammad(saws), Harith, entonces ya fallecido, había dejado muchos hijos. Uno de ellos, su primo Abu Sufyan, era también su hermano de leche al haber sido criado por Halimah, entre los Bani Sad, algunos años después que Muhammad(saws). La gente decía que Abu Sufyan era de los que guardaban más parecido con Muhammad(saws), y entre las características que tenían en común estaba la elocuencia. Pero Abu Sufyan era un poeta de talento quizás de mayor talento que sus tíos Zubayr y Abu Talib mientras que Muhammad(saws) jamás había mostrado ninguna inclinación a componer un poema, aunque en su dominio del árabe y en la belleza de su lenguaje no había quien lo superase.

En Abu Sufyan, que era más o menos de su misma edad, tenía en cierto modo un amigo y un compañero. Más próximos por parentesco de sangre eran los numerosos hijos de las hermanas uterinas de su padre, es decir de las cinco hijas mayores de Abd al-Muttalib. Entre los mayores de estos primos se encontraban los hijos de su tía Umaymah, que se había casado con un hombre llamado Yahsh, de la tribu de Asad de Arabia Septentrional. ⁽¹⁾ Tenía él una casa en la Meca, y para un hombre que vivía con una tribu que no era la suya existía la posibilidad de hacerse mediante alianza mutua confederado de un miembro de la tribu, en la cual quedaba en cierto modo integrado, compartiendo hasta cierto punto sus responsabilidades y sus privilegios. Harb, entonces jefe de la rama Umayya ⁽²⁾ del clan de Abdu Shams, había hecho a Yahsh su confederado, por lo que al casarse Umaymah con él casi podía decirse que se había casado con un shamsí. Su hijo mayor, llamado, como el hermano de ella, Abdallah, era unos doce años más joven que Muhammad(saws) y los dos primos se profesaban un gran afecto mutuo. La hija de Umaymah, Zaynab, varios años menor que su hermano, una muchacha de notable belleza, estaba incluida en este vínculo. Muhammad(saws) había conocido y amado a ambos desde la más tierna infancia, al igual que le sucedía con otros, en particular con Abu Salamah, el hijo de su tía Barraah.

La poderosa atracción que se centraba en al-Amin - como a menudo se le llamaba- iba mucho más allá de su propia familia, y Jadiyah estaba con él en ese centro, amada y honrada por todos los que entraban en el amplio círculo de su resplendor, un círculo que también incluía a muchos de los parientes de ella.

⁽¹⁾Asad ibn Juzaymah, una tribu del noreste de la Meca cuyo territorio se extendía por el extremo norte de la llanura del Nachd. No hay que confundirla con el clan quarayshí de Asad.

⁽²⁾Llamado así por el padre de Harb, Unayybah, hijo de Abdu Shams.

Especialmente próxima a Jadiyah estaba su hermana Halah, cuyo hijo Abu al-As visitaba con frecuencia la casa. Jadiyah quería a su sobrino como si hubiese sido su propio hijo, y a su debido tiempo - porque ella siempre estaba buscando ayuda y consejo Halah le pidió que le buscara una esposa. Cuando Jadiyah consultó con su marido él sugirió a su hija Zaynab, que pronto estaría en edad casadera; y cuando llegó el momento se casaron.

Las esperanzas de Hashim y Muttalib, los dos clanes contaban políticamente como uno, para la recuperación de su decadente influencia descansaban en Muhammad(saws). Éste, sin embargo, más allá de todo asunto de clan, había llegado a ser considerado por los jefes del Quraysh como uno de los hombres más capaces de la generación llamada a sucederlos y que tendría, después de ellos, la tarea de mantener el honor y el poder de la tribu en toda Arabia. En boca de todos estaba continuamente el elogio de al-Amin; y quizás fue esta la razón por la que entonces Abu Lahab se dirigió a su sobrino con la proposición de que Ruqayyah y Umm Kulthum fueran prometidas en matrimonio a sus hijos Utbah y Utaybah. Muhammad(saws) aceptó, porque tenía en buen concepto a estos dos primos, y tuvieron lugar los esponsales.

Fue por aquella época cuando Umm Ayman se convirtió de nuevo en un miembro de la casa. No consta si volvió como viuda o si su marido se había divorciado de ella. Pero Umm Ayman no tenía ninguna duda de que su sitio estaba allí y, por su parte, Muhammad(saws) se dirigía a ella, a veces, como "*madre*" y decía de ella a otros: "*Ella es lo único que me queda de las gentes de mi casa.*" (Ibn Saad, VIII, 162).

La reedificación de la Kaabah

Algún tiempo antes de los últimos acontecimientos que hemos mencionado, por la época en que Ali fue llevado a la casa de Muhammad(saws) cuando éste tenía treinta y cinco años, el Quraysh decidió reedificar el Kaabah. Tal como se encontraba entonces sus muros tenían apenas la altura de un hombre y carecía de tejado, lo que significaba que, aunque la puerta estuviera cerrada con llave, el acceso resultaba fácil; recientemente se había producido el robo de parte del tesoro que se escondía en una cámara excavada a tal fin en el edificio. Ya tenían toda la madera que se necesitaba para el tejado: la embarcación de un mercader griego había sido empujada hacia la costa; habiendo naufragado y quedado en Yeddah sin posibilidad de reparación, se tomaron sus cuadernas para servir de vigas, y en aquel tiempo, además, había en la Meca un copto que era un hábil carpintero.

Sin embargo, el temor reverencial que tenían a la Kaabah era tal que vacilaban en ponerse manos a la obra. Su plan era demoler sus muros, construidos con piedras sueltas, y reedificarlos completamente; pero tenían el temor de incurrir en la falta de sacrilegio y sus dudas aumentaron aún más por la aparición de una gran serpiente que había tomado la costumbre de salir todos los días de la cámara para tomar el sol contra el muro de la Kaabah. Si alguien se acercaba alzaba la cabeza y silbaba con las fauces abiertas. Esto los tenía aterrados. Un día, mientras el reptil tomaba el sol, Dios envió contra él un águila, que se apoderó de la serpiente y se marchó volando con ella. Entonces los del Quraysh se dijeron: *"Ahora ciertamente podemos esperar que a Dios le complazca nuestro propósito. Tenemos un artesano cuyo corazón está con nosotros, y tenemos madera, y Dios nos ha desembarazado de la serpiente."*

El primer hombre que levantó una piedra del coronamiento de los muros fue el majzumí Abu Wahb, el hermano de Fatimah, la abuela de Muhammad(saws); pero apenas había sido levantada la piedra cuando, saltando de sus manos, volvió a su sitio, después de lo cual todos se alejaron de la Kaabah, temerosos de proseguir el trabajo. Entonces, el jefe de Majzum, Walid, el hijo del ya fallecido Mugirah, tomó un pico y dijo: *"¡Oh Dios, no temas, oh Dios, no pretendemos sino el bien!"* A continuación echó por tierra parte del muro entre la Piedra Negra y la Esquina Yemení, esto es, el muro sur-oriental; pero el resto de la gente se refrenó. *"Esperemos y veamos"*, decían. *"Si es castigado no demoleremos más, sino que lo restauraremos como estaba; pero si no recibe ningún castigo, entonces Dios está satisfecho con nuestro trabajo, y lo derribaremos por completo."* La noche pasó sin novedad y a la mañana siguiente, temprano, Walid estaba de nuevo en el trabajo. Los demás, pues, se le unieron, y cuando los muros hubieron sido demolidos hasta los cimientos de Abraham se encontraron con grandes guijarros verdosos, parecidos a las jorobas de los camellos, colocados unos junto a otros. Un hombre encajó una palanca entre dos de estas piedras para alzar una de ellas, pero con el primer movimiento de la piedra una violenta sacudida estremeció toda la Meca, y lo tomaron como una señal de que debían dejar los cimientos intactos.

En el interior de la Esquina de la Piedra Negra habían encontrado un trozo de escrito en siríaco. Lo guardaron, sin saber qué era, hasta que uno de los judíos lo leyó: *"Yo soy Dios, el Señor de Becca. La creé el día que creé los cielos y la tierra, el día que formé el sol y la luna, y coloqué alrededor suyo siete ángeles inviolables. Permanecerá durante tanto tiempo como las dos colinas, bendita por su gente con leche y agua."* Otro trozo de escrito fue hallado debajo de la Estación de Abraham, una pequeña roca

cerca de la puerta de la Kaabah que porta la impresión milagrosa de su pie: *"La Meca es la casa sagrada de Dios. Su sustento le viene de tus órdenes. No dejes que su gente sea la primera en profanarla."*

El Quraysh reunió entonces más piedras, además de las que ya tenían, para aumentar la altura del edificio. Los distintos clanes trabajaron por separado hasta que los muros tuvieron la suficiente altura para colocar la Piedra Negra una vez más en su esquina. Entonces se originó un violento desacuerdo entre ellos, porque cada clan quería para sí el honor de ponerla en su sitio. El punto muerto se mantuvo durante cuatro o cinco días; la tensión había ido creciendo hasta el punto de formarse alianzas y de comenzar los preparativos para la batalla, cuando el más anciano de los presentes propuso una solución. *"¡Oh hombres del Quraysh!",* dijo, *"tomad como árbitro sobre lo que discrepáis al primer hombre que entre por la puerta de esta Mezquita."* (Ibn Ishaq, 125). El recinto alrededor de la Kaabah era llamado mezquita, en árabe masyid, un lugar de prosternación, porque desde la época de Abraham e Ismael se había realizado allí el rito de la prosternación a Dios en la dirección de la Casa Sagrada. Estuvieron de acuerdo en seguir el consejo del anciano, y el primer hombre que entró en la Mezquita fue Muhammad(saws), que acababa de regresar a la Meca después de una ausencia. Su visión produjo un reconocimiento inmediato y espontáneo de que ahí estaba la persona idónea para el cometido, y su llegada fue saludada con exclamaciones y murmullos de satisfacción. *"Es al-Amin",* dijeron unos. *"Aceptamos su sentencia,"* afirmaron otros, *"es Muhammad(saws)."* Cuando le explicaron el asunto, dijo: *"Traedme un manto."* Y cuando se lo llevaron lo extendió sobre el suelo, y cogiendo la Piedra Negra la puso en el centro de la tela. *"Que cada clan agarre del borde del manto",* dijo. *"Luego, levantadlo todos juntos."* Y cuando lo hubieron alzado a la altura conveniente Muhammad(saws) tomó la piedra y la colocó en la esquina con sus propias manos, y se continuó el edificio y se completó por encima de ella.

Las primeras revelaciones

No fue mucho después de esta señal externa de su autoridad y su misión cuando comenzó a experimentar poderosas señales internas, además de las que ya había sido consciente. Cuando le preguntaban por éstas él hablaba de *"visiones verdaderas"* que le venían durante el sueño, y decía que eran *"como el despuntar de la luz del alba."* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, 1, 3) El resultado inmediato de estas visiones fue que la soledad se le hizo querida, y se iba para hacer retiros espirituales a una cueva en el Monte Hira, no lejos de las afueras de la Meca. No había en esto nada que hubiera parecido al Quraysh especialmente extraño, ya que entre los descendientes de Ismael el retiro había sido una práctica tradicional y en cada generación había habido uno o dos que se retiraban de tiempo en tiempo a un lugar solitario para poder pasar un período no contaminado por el mundo de los hombres. De acuerdo con esta práctica inmemorial, Muhammad se llevaba provisiones y consagraba cierto número de noches a la adoración de Dios. Luego volvía con su familia y a veces, a su regreso, cogía más provisiones y se marchaba de nuevo a la montaña. Durante estos pocos años a menudo sucedía que, cuando había abandonado la ciudad y se estaba acercando a la ermita, oía claramente las palabras *"La paz sea contigo, ¡oh Mensajero de Dios!"* (Ibn Ishaq, 151), y se volvía para mirar quién hablaba, pero nadie había a la vista, y era como si las palabras hubiesen salido de un árbol o una piedra.

Ramadán era el mes tradicional de retiro; y fue una noche hacia finales de Ramadán, en su cuadragésimo año de vida, encontrándose solo en la cueva, cuando vino a él un Ángel en la forma de un hombre. El Ángel le dijo: *"¡Recita!"* y él contestó: *"No soy un recitador"*. Después de esto, como él mismo contó, *"el Ángel me agarró y me oprimió en su abrazo, y de nuevo cuando había llegado al límite de mi resistencia me soltó y dijo: «¡Recita!» y yo volví a decir: «No soy un recitador.»* Entonces, por tercera vez me oprimió como antes; luego me soltó y dijo:

***¡Recita en el nombre de tu Señor, Que ha creado,
ha creado al hombre de sangre coagulada!
¡Recita! Tu Señor es el Munífico,
que ha enseñado el uso del cálamo,
ha enseñado al hombre lo que no sabía.***
(Corán, XCVI, 1-5)

Muhammad(saws) recitó estas palabras después del Ángel, que entonces lo abandonó, dijo él: *"Fue como si las palabras hubieran sido escritas en mi corazón."* (Ibn Ishaq, 153). Pero temió que esto pudiera significar que se había convertido en un poeta inspirado por los "yins" o poseído. Así pues, abandonó la cueva, y cuando había recorrido la mitad de la ladera de la montaña escuchó una voz por encima de él, que decía: *"¡Oh, Muhammad!, tú eres el mensajero de Dios y yo soy Gabriel."* Levantó los ojos hacia el cielo y allí estaba su visitante, todavía reconocible pero ahora claramente como un Ángel, llenando todo el horizonte, y de nuevo dijo: *"¡Oh, Muhammad!, tú eres el mensajero de Dios y yo soy Gabriel."* El Profeta permaneció observando al Ángel; luego se apartó de él, pero dondequiera que mirase, ya fuese hacia el norte o hacia el sur, hacia el este o hacia el oeste, el Ángel estaba siempre allí, a horcajadas sobre el horizonte. Finalmente, el Ángel se volvió y el Profeta descendió

la ladera y fue a su casa. *"¡Arrópame! ¡Arrópame!"* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, 1, 3) le dijo a Jadiyah cuando con el corazón todavía palpitante se echó en el lecho. Alarmada, aunque sin atreverse a preguntarle, trajo rápidamente un manto y lo extendió sobre él. Pero cuando la intensidad de su temor hubo disminuido le contó cuanto había visto y oído. Después de haberlo tranquilizado con sus palabras, Jadiyah fue a hablar con su primo Waraqah, que ya era un anciano y estaba ciego: *"¡Santo! ¡Santo!"*, dijo él. *"Por Aquél en cuyas manos está el alma de Waraqah, le ha sido descendido a Muhammad, el mayor Namus ⁽¹⁾, el mismo que le vino a Moisés. Ciertamente, Muhammad es el Profeta de su pueblo. Que esté seguro."* En consecuencia, Jadiyah se volvió a casa y le repitió estas palabras al Profeta, que, ahora con el ánimo pacificado, regresó a la cueva para poder cumplir el número de días de retiro que había ofrecido a Dios. Waraqah le dijo: *"Cuéntame, ¡oh, hijo de mi hermano!, qué has visto y oído."* El Profeta se lo contó, y el anciano le volvió a decir lo que había referido a Jadiyah, pero esta vez añadió: *"Se te llamará mentiroso y serás maltratado, te expulsarán y te harán la guerra, y, si yo vivo para ese día, Dios sabe que apoyaré Su causa."* (Ibn Ishaq, 153-4). Luego se inclinó hacia él y le besó la frente, y el Profeta regresó a su casa.

Las noticias tranquilizadoras de Jadiyah y Waraqah fueron seguidas por una reafirmación procedente del Cielo en la forma de una segunda Revelación. La manera de producirse no se ha registrado, aunque al preguntarle cómo le venía la Revelación el Profeta mencionó dos formas: *"Algunas veces me viene como el retumbar de una campana, y ésa es la más dura para mí; cuando me he enterado de su mensaje disminuye el estruendo. Y a veces el Ángel toma la forma de un hombre y me habla, y yo soy consciente de lo que me dice."* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, 1, 3.)

La Revelación, esta vez, comenzó con una sola letra, el primer ejemplo de las letras crípticas con las que comienzan varios mensajes coránicos. La letra fue seguida de un juramento divino, prestado por el cálamo, que ya había sido mencionado en la primera Revelación como el principal medio de Dios para enseñar a los hombres Su sabiduría. Cuando le preguntaron acerca del cálamo, el Profeta dijo: *"La primera cosa que Dios creó fue el cálamo. Creó la tabla y le dijo al cálamo: «¡Escribe!» Y el cálamo respondió: «¿Qué escribo?» Dios dijo: «Escribe Mi conocimiento y Mi creación hasta el Día de la Resurrección.» Entonces el cálamo trazó lo que se le había mandado."* (Muhammad ibn Isa al-Tirmidai, 44). El juramento por el cálamo es seguido de un segundo juramento por lo que escriben, y entre lo que ellos, esto es, los Ángeles, escriben en el Cielo con cálamos menores sobre tablas menores está el arquetipo celestial del Corán, al cual Revelaciones posteriores se refieren como a una recitación (Qur'an) gloriosa en una tabla inviolable (Corán, LXXXV, 21-2.) y como a la madre del libro. (C. XIII, 39.). Los dos juramentos van seguidos de la reafirmación Divina:

n. ¡Por el cálamo y lo que escriban!
¡Por la gracia de tu Señor, que tú no eres un poseso!
Tendrás, ciertamente, una recompensa ininterrumpida.
Eres, sí, de eminente carácter.
(LXVIII, 1-4).

Después de la llegada de los primeros Mensajes hubo un periodo de silencio. El profeta comenzó a temer si habría incurrido en algún tipo de desagrado del Cielo, aunque Jadiyah le decía continuamente que eso no era posible. Entonces, al fin, el silencio se rompió y llegó una nueva reafirmación, y, con ella, el primer mandato directamente relacionado con su misión:

¡Por la mañana!
¡Por la noche cuando reina la calma!
Tu Señor no te ha abandonado ni aborrecido
Sí, la otra vida será mejor para ti que ésta.⁽²⁾
Tu Señor te dará y quedarás satisfecho.
¿No te encontró huérfano y te recogió?
¿No te encontró extraviado y te dirigió?
¿No te encontró pobre y te enriqueció?
En cuanto al huérfano, ¡no le oprimas!
Y en cuanto al mendigo, ¡no le rechaces!
Y en cuanto a la gracia de tu Señor, ¡publícala!
(XCIII)

⁽¹⁾El "Nomos" griego, en el sentido de la Escritura o La Ley Divina, identificada con el Ángel de la Revelación.

⁽²⁾De esto toma su nombre la Revelación Divina sobre la que se basa el Islam.

Adoración

De acuerdo con estas dos últimas palabras, Muhammad (saws) comenzó entonces a hablar del Ángel y de las Revelaciones a aquellos que, después de su mujer, le eran más próximos y más queridos. Aún no les había hecho ningún requerimiento, salvo que no debían divulgar su secreto. Pero esta situación no duró mucho: un día se le apareció Gabriel sobre el elevado terreno situado por encima de la Meca y golpeó con el talón la hierba que cubría la colina; al instante brotó de allí una fuente. Entonces hizo la ablución ritual para mostrar al Profeta cómo purificarse para la adoración, y el Profeta siguió su ejemplo. Luego le enseñó las posturas y los movimientos de la plegaria: el mantenerse de pie, la inclinación, la prosternación y la posición de sentado, con la magnificación repetida, esto es, las palabras *Allahu Akbar*, *Allah es el Más Grande*, y el saludo final *as-Salamu alaykum*, *la Paz sea con vosotros*, y de nuevo el Profeta siguió su ejemplo. Después el Ángel lo dejó, y el Profeta retornó a su casa y enseñó a Jadiyah todo lo que había aprendido y juntos hicieron la plegaria.

La religión quedaba establecida sobre las bases de la purificación ritual y la plegaria, y, después de Jadiyah, los primeros en abrazarla fueron Alî y Zayd y el amigo del Profeta, Abu Bakr, del clan de Taym. Alî sólo tenía diez años, y Zayd hasta ahora no tenía ninguna influencia en la Meca, pero Abu Bakr era querido y respetado porque era un hombre de vasto conocimiento, de maneras naturales y presencia agradable. Muchos acudían a consultarle sobre esto y aquello, y él, ahora, comenzó a fiarse de aquellos en quienes sentía que podía confiar, animándolos a seguir al Profeta. Hubo muchas respuestas a través suyo, y dos de los primeros en responder a la llamada fueron un hombre de Zuhrah, Abdu Amr, el hijo de Awf, un pariente lejano de la madre del Profeta, y Abu Ubaydah, el hijo de al-Jarrach de los Bani I-Harith.

En relación con el primero de éstos, Abdu Amr, se estableció un precedente de importancia. Entre los más notables distintivos de la Revelación se encontraban los dos Nombres Divinos al-Rahmân y al-Rahim. La palabra rahim, una forma intensiva de râhim, misericordioso, era corriente en el sentido de muy misericordioso o ilimitadamente misericordioso. La aún más intensiva rahmân, por falta de un concepto con el que cuadrarse, había caído en desuso. La Revelación la revivió de acuerdo con la necesidad básica de la nueva religión de morar en las alturas de la Trascendencia. Siendo más intenso incluso que al-Rahim (el Todo Misericordioso) el nombre al-Rahmân se refiere a la esencia misma o raíz de la Misericordia, es decir, a la Beneficencia Infinita o Bondad de Allah, y el Corán expresamente lo hace equivalente de Allah: ¡Invocad a Allah o invocad al Infinitamente Bueno (al-Rahmân)! Como quiera que invoquéis, Él posee los nombres más bellos.⁽¹⁾ " Este Nombre de Bondad era muy querido por el Profeta y, puesto que el de Abdu Amr, el servidor de Amr, era demasiado pagano, cambió el nombre del nuevo creyente por Abd al-Rahman, el siervo del Clemente. No fue el hijo de Awf el único hombre al que cambió su nombre por el de Abd al-Rahman.

Algunas de las primeras respuestas fueron estimuladas inicialmente por motivos que no podrían atribuirse a ningún intento humano de persuadir. Abu Bakr era conocido desde hacía mucho tiempo en la Meca por su aptitud para interpretar los sueños. Una mañana tuvo la visita inesperada de Jalid, el hijo de un poderoso shamsî, Said ibn al-As. El rostro del joven aún mostraba las señales del horror recién producido por una experiencia terrible, y se apresuró a explicar que durante la noche había tenido un sueño, el cual sabía que tenía un significado aunque no comprendía lo que quería decir. ¿Podría Abu Bakr interpretárselo? Había soñado que estaba al borde de un abismo en el que había un violento fuego tan vasto que no veía el fin. Entonces llegaba su padre e intentaba empujarle al fuego, y cuando estaban luchando en el

borde, en el momento de mayor terror, sentía alrededor de su muñeca que dos manos lo asían firmemente reteniéndolo a pesar de todos los esfuerzos de su padre. Al mirar alrededor, veía que su salvador era al-Amin, Muhammad (saws), el hijo de Abdallah, y en ese momento se despertaba." ¡Enhorabuena!", dijo Abu Bakr, "Este hombre que te salvó es el Enviado de Allah, así que síguete, mejor dicho, lo seguirás y, a través de él, entrarás en el Islam, que te salvaguardará de caer en el fuego." Jalid se fue derecho al Profeta y, después de contarle su sueño, le preguntó cuál era su mensaje y qué debía hacer él. El Profeta lo instruyó y Jalid abrazó el Islam, manteniéndolo secreto a su familia. (Ibn Saad, IVII, 68).

Aproximadamente por la misma época sucedió que otro hombre de Abdu Shams, un mercader que regresaba a casa desde Siria, fue despertado una noche por una voz que exclamaba en el desierto: "Durmientes, despertad, porque ciertamente Ahmad ha aparecido en la Meca." (Ibn Saad, III/1, 37). El mercader era Uthman, hijo del omeya Affan, y nieto, por parte de madre, de una de las hijas de Abd al-Muttalib, Umm Hakim al-Bayda, la tía del Profeta. Las palabras calaron en su corazón, aunque no comprendía cuál era el sentido de "ha aparecido", no se imaginaba que el superlativo "Ahmad", "el más glorificado", se empleaba por Muhammad (saws), "el glorificado." Pero antes de llegar a la Meca lo alcanzó un hombre del Taym llamado Talhah, primo de Abu Bakr; Talhah había pasado por Bostra, donde un monje le había preguntado si ya había aparecido Ahmad entre las gentes del Santuario. "¿Quién es Ahmad?", dijo Talhah, "El hijo de Abdallah, hijo de Abd al-Muttalib", respondió el monje. "Éste es su mes, en el que aparecerá; y él es el último de los Profetas." Talhah repitió estas palabras a Uthman, que le contó su propia experiencia, y de regreso Talhah le sugirió que debían ir a ver a su primo Abu Bakr, que se sabía era el amigo más íntimo del hombre que ahora ocupaba el primer lugar en sus pensamientos. Así que acudieron a Abu Bakr, y cuando le contaron lo que habían oído los llevó en seguida ante el Profeta para que le repitiesen las palabras del monje y las palabras de la voz del desierto. Después de esto, hicieron la profesión de fe.

Una cuarta conversión, no menos singular que éstas por la forma en que se produjo, fue la de Abdallah ibn Masud, un joven confederado de Zuhrah. Hablando de ello, él mismo dijo: "En aquel tiempo yo era un joven que acababa de alcanzar la edad viril, y estaba apacentando los rebaños de Uqbah ibn Abi Muayt cuando un día el Profeta y Abu Bakr pasaron por donde me encontraba. El Profeta me preguntó si tenía algo de leche para darles de beber. Respondí que los rebaños no eran míos, sino que me estaba confiado su cuidado y no podía darles de beber. El Profeta dijo: "¿Tienes alguna oveja joven a la que ningún carnero haya cubierto nunca?" Le dije que sí y se la llevé. Después de atarla, el Profeta puso su mano en la ubre y pronunció una plegaria; entonces la ubre se hinchó de leche y Abu Bakr acercó un canto rodado que estaba ahuecado como un tazón. El Profeta la ordeñó y todos bebimos. Luego le dijo a la ubre: «Sécate», y se seco (Ibn Saad, III/1, 107). Pocos días después, Abdallah fue a ver al Profeta y abrazó el Islam. No pasó mucho tiempo antes de que aprendiera de él setenta suras de memoria, siendo excepcionalmente dotado en este sentido y pronto se convirtió en uno de los más autorizados recitadores del Corán.

El Profeta había padecido por el período de silencio del Cielo; sin embargo, su alma todavía se encogía ante el tremendo impacto de recibir la Palabra Divina, que en un versículo aún no revelado afirmó:

Si hubiéramos hecho descender este Corán en una montaña, habrías visto a ésta humillarse y henderse por miedo a Alá. Proponemos a los hombres estos símiles. Quizás, así, reflexionen.

(LIX, 21)

El impulso que le había movido a exclamar "*Cúbreme, cúbreme*" todavía le venía a veces, y una noche, cuando yacía envuelto en un manto, su retiro se vio interrumpido por una Orden Divina más severa y apremiante que cualquiera de las recibidas con anterioridad, mandándole advertir a los hombres acerca del Día del Juicio:

**¡Tu, el envuelto en un manto!
¡Levántate y advierte!
A Tu Señor, ¡Ensálzale!
Tu ropa, ¡purifícala!
La abominación, ¡huye de ella!
¡No des esperando ganancia!
La decisión de Tu Señor, ¡espérala paciente!
Cuando suene la trompeta,
Ese será, entonces, un día difícil
Para los infieles, no fácil."
(LXXIV- 1/10)**

Otra noche el Profeta (saws) fue despertado con demandas adicionales sobre la intensidad de la adoración esperada de él y de su comunidad, un hecho que confirmó su aprensión sobre el gran peso que esas responsabilidades demandaban de su persona:

**¡Tú, el arrebuñado!
¡Vela casi toda la noche,
o media noche, o algo menos,
o más, y recita el Corán lenta y claramente!
Vamos a comunicarte algo importante:
(LXXIII, 1-5)**

En el mismo pasaje estaba la orden:

**¡Y menciona el nombre de tu Señor y conságrate totalmente a Él!
El Señor del Oriente y del Occidente. No hay más dios que Él. ¡Tómale, pues,
como protector!
(LXXIII, 8-9.)**

Vinieron otras revelaciones de tono más suave que confirmaban y aumentaban las seguridades ya dadas al Profeta, y en una ocasión el Ángel, solamente visible para él, como ocurría siempre, le dijo: "*Comunica a Jadiyah saludos de Paz de su Señor.*" Así pues, él le dijo: "*¡Oh Jadiyah, aquí está Gabriel, que te saluda con la Paz de tu Señor!*". Y cuando Jadiyah pudo encontrar palabras que decir, respondió: "*¡Allah es la Paz, y la Paz procede de Él, y la Paz sea sobre Gabriel!*" ('abd al-Malik ibn Hisham, 156).

Los primeros partidarios de la nueva religión tomaron los mandatos dirigidos al Profeta como aplicables a sí mismos y, por ello, al igual que él, mantenían largas vigiliias. En cuanto a la plegaria ritual, ahora tenían cuidado no sólo de realizar la ablución como preparación para ella sino también de estar seguros de que sus vestimentas estaban libres de toda suciedad. Del mismo modo, se apresuraron a aprender de memoria todo lo que había sido revelado del Corán para poder repetirlo como parte de su adoración. Las Revelaciones comenzaron a ser más abundantes. El Profeta se las transmitía inmediatamente a aquellos que estaban con él; luego pasaban

de boca en boca y se memorizaban y recitaban; una larga letanía que aumentaba rápidamente, que hablaba de lo efímero de las cosas terrenas, de la muerte y de la certeza de la Resurrección y del Juicio Final, seguido del Infierno o del Paraíso.

Pero sobre todo hablaba de la Gloria de Allah, de su Unicidad Indivisible, su Verdad, Sabiduría, Bondad, Misericordia, Munificencia y Poder, y, por extensión, se refería continuamente a sus Signos, las maravillas de la naturaleza, y a su armonioso funcionamiento conjunto que daba testimonio de forma harto elocuente de la Unidad de su Exclusivo Originador.

La Armonía es la huella de la Unicidad sobre la multiplicidad, y el Corán llama la atención sobre esa armonía como un tema para la meditación del hombre.

Cuando no estaban cohibidos por la presencia de incrédulos hostiles, los creyentes se saludaban entre sí con las palabras que Gabriel le había comunicado al Profeta como el saludo de las gentes del Paraíso: "*¡La Paz sea con vosotros!*", a lo que se responde: "*¡Y con vosotros sea la Paz!*", usándose el plural para incluir a los dos ángeles guardianes de la persona a quien se saluda. Los versículos revelados de consagración y de acción de gracias también desempeñaban un papel cada vez más importante en sus vidas y en sus miras. El Corán insiste en la necesidad del agradecimiento, y el sacramento de la acción de gracias es decir *Alabado sea Allah, el Señor de los mundos*, mientras que en el de la consagración o dedicación se dirá *En el nombre de Allah, Clementísimo, el Misericordiosísimo*. Éste era el primer versículo de cada sura ⁽²⁾ del Corán, y, siguiendo el ejemplo del Profeta, lo usaban para iniciar toda recitación del Corán y, por extensión, cualquier otro rito, o incluso todo acto o iniciativa. La nueva religión no admitía nada profano.

(1) XVII, 110 En lo sucesivo, los Nombres de Misericordia se traducirá a veces por "eL Compasivo", "el Misericordioso", para que conste solo de una palabra, como en árabe, y contando con el artículo determinado para denotar el Absoluto. Lo mismo se seguirá con los otros nombres Divinos

(2) Solamente la azora, la IX comienza sin la mención de los Nombres de la Misericordia, pero ésa aún no había sido revelada.

Amonesta a tu familia

Aun no se habían hecho llamamientos en público al Islam, pero había un grupo en constante aumento de creyentes devotos y de intensos adoradores, hombres y mujeres, la mayoría de ellos jóvenes. Entre los primeros en llegar, aparte de los ya mencionados, se encontraban los primos del Profeta, Yafar, y Zubayr; luego vinieron otros primos, suyos y de ellos, los hijos de su tía Umaymah, Abdallah ibn Yahsh y el hijo de su tía Barraah, Abu Salamah. Hubo también dos primos por parte de madre, Sad, el hijo de Abu Waqqas de Zuhrah, y su hermano menor Umayr. Pero ninguno de los cuatro tíos del Profeta se mostraba en lo más mínimo inclinado a seguirle: Abu Talib no ponía objeciones al Islam de sus dos hijos Yafar y Ah, pero en cuanto a sí mismo él decía que no estaba preparado para abandonar la religión de sus antepasados; Abbas se mostraba evasivo y Hamzah impenetrable, aunque ambos le aseguraban el inquebrantable aprecio que personalmente sentían por él. Pero Abu Lahab mostraba claramente la convicción de que su sobrino estaba medio engañado, si es que no era un embustero.

Después de la revelación del versículo:

Advierte a los miembros más allegados de tu tribu.

(XXVI, 214)

el Profeta llamó a Ah y le dijo: *"Dios me ha ordenado que amoneste a mi familia, a mis parientes más cercanos, y el cometido rebasa mis fuerzas. Pero prepara comida, con una pierna de cordero, llena de leche una taza y reúne a los Baní Abd al-Muttalib, para que pueda contarles lo que se me ha ordenado decir."* Ah hizo exactamente lo que le había dicho, y la mayoría del clan de Hashim acudió a la comida, unos cuarenta hombres. *"Cuando estuvieron congregados,"* dijo Ah, *"el Profeta me pidió que trajera la comida que había preparado. Entonces tomó un trozo de carne, lo mordió y lo arrojó de nuevo al plato, diciendo: "Tomadlo en el Nombre de Dios."* Los hombres comieron por tandas hasta quedar saciados. *"Pero",* dijo Ah, *"yo no veía ningún cambio en la comida, salvo que había sido removida por las manos de los hombres; y por mi vida, si no hubiesen sido más que un solo hombre se podría haber comido todo lo que había puesto delante de ellos. Luego el Profeta dijo: «Dales de beber».* Traje, pues, la taza y cada uno bebió hasta saciarse, aunque un solo hombre podría haber vaciado la taza. Pero cuando el Profeta estaba a punto de dirigirse a ellos, Abu Lahab se le anticipó y dijo: *«Vuestro anfitrión os ha hechizado»,* con lo cual se dispersaron antes de que pudiera hablar.

Al día siguiente el Profeta le dijo a Ali que hiciera exactamente lo mismo que había hecho el día anterior. Así que se preparó otra comida semejante y todo discurrió como la otra vez; pero en esta ocasión el Profeta estaba en guardia y se aseguró de dirigirse a ellos. *"¡Oh hijos de Abd al-Muttalib!,"* dijo, *"no conozco a ningún árabe que haya venido a su gente con un mensaje más noble que el mío. Os traigo lo mejor de este mundo y del otro. Dios me ha ordenado que os llame a Él. ¿Quién de vosotros, entonces, me ayudará en esto y será mi hermano, mi albacea y mi sucesor entre vosotros?"* Todo el clan permaneció en silencio. Yafar y Zayd podían haber hablado, pero ambos sabían que su Islam no estaba en cuestión y que el propósito de la reunión era el de atraerse a otros. Pero cuando el silencio siguió ininterrumpido, Ali, de trece años, se sintió impulsado a hablar, y dijo: *"¡oh Profeta de Dios, yo seré quien te ayude en esto!"* El Profeta descansó su mano en la nuca de Ah y dijo: *"Éste es mi hermano, mi albacea y mi sucesor entre vosotros. Escuchadle y obedecedle."* Los hombres se pusieron de pie, riendo y diciendo a Abu Talib: *"Ha ordenado que escuches a tu hijo y le obedezcas."* (Tabari, 1171).

Por lo que se refiere a las tías del Profeta, Safiyyah no tuvo ninguna vacilación a la hora de seguirlo, al igual que su hijo Zubayr había hecho, pero sus cinco hermanas no pudieron cobrar suficiente ánimo para tomar una decisión. La actitud de Arwa era común en todas ellas: *"Estoy esperando a ver qué harán mis hermanos"*, decía. Por otro lado, su tía política, Umm al-Fadí, la mujer del indeciso Abbas, fue la primera mujer que abrazó el Islam después de Jadiyah, y ella pronto pudo llevar al Profeta a tres de sus hermanas: Maymunah, su hermana uterina, y dos medio hermanas, Salma y Asma. Era en la casa de Umm al-Fadí donde Yafar había sido criado, y era también allí donde había conocido y amado a Asma, con quien se había casado recientemente y donde Hamzah había desposado a su hermana Satma. Otra de las primeras en responder fue Umm Ayman. El Profeta dijo de ella: *"Quien desee casarse con una mujer de las gentes del Paraíso que se case con Umm Ayman"* (Ibn Saad, VIII, 162), y esta observación fue escuchada por casualidad por Zayd, que se la tomó a pecho. Ella era mucho mayor que él, pero eso no lo desalentó, y le habló con franqueza al Profeta, que no tuvo ninguna dificultad para persuadir a Umm Ayman de que consintiese el matrimonio. Le dio a Zayd un hijo al que llamaron Usamah, y fue criado como el nieto del Profeta, que lo quería mucho.

El Quraysh toma medidas

En estos días iniciales del Islam los compañeros del Profeta salían a menudo juntos, en grupos, hacia los estrechos valles de las cercanías de la Meca, donde podían realizar, en congregación y sin ser vistos, la plegaria ritual. Pero un día mientras hacían la plegaria se les acercó un grupo de idólatras y Tos interrumpió groseramente con burlas. Finalmente llegaron a las manos, y Sad de Zuhrah golpeó a uno de los incrédulos con la quijada de un camello y lo hirió. Ésta fue la primera sangre que se derramó en el Islam. Pero después de este incidente resolvieron abstenerse de la violencia hasta que Dios decidiese de otra manera, porque la Revelación continuamente le imponía al Profeta la paciencia y, por lo tanto, a ellos también. Soporta con paciencia lo que dicen y apártate de ellos con una cortés despedida, y también

¡Concede una prórroga a los infieles, un poco más de prórroga!
(LXXXVI, 17)

Este caso de violencia había sido una especie de excepción por ambas partes ya que el Quraysh en su conjunto pareció dispuesto a tolerar la nueva religión, incluso después de que el Profeta la había proclamado abiertamente, hasta que vio que se dirigía contra sus dioses, sus principios y sus prácticas ancestrales. Una vez que se dieron cuenta de ello algunos de sus hombres principales fueron a ver a Abu Talib para insistirle en que debía reprimir las actividades de su sobrino. Abu Talib les dio largas con una respuesta conciliadora; pero cuando vieron que no había hecho nada volvieron de nuevo a verlo y le dijeron: *"¡Oh Abu Talib! Posees entre nosotros un rango elevado y honorable, y te hemos pedido que moderaras al hijo de tu hermano, pero no lo has hecho así. ¡Por Dios! No permitiremos que nuestros padres sean insultados, que nuestras costumbres sean objeto de burla ni que nuestros dioses sean injuriados. O le haces desistir o bien os combatiremos a los dos."* Entonces lo dejaron, y, profundamente afligido, envió por su sobrino, y después de contarle con lo que habían amenazado, dijo: *"¡Oh hijo de mi hermano!, ten consideración de mí y de ti mismo. No me cargues con un fardo mayor del que puedo aguantar."* El Profeta le respondió diciendo: *"Juro por Allah que aunque ellos pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en la izquierda para que abandonara esta misión antes de que Él la haya hecho victoriosa, a no ser que muriera en el empeño, no la abandonaré."* (1.1.168). Luego, con lágrimas en los ojos, se incorporó y se volvió para marcharse, pero su tío lo volvió a llamar: *"Hijo de mi hermano,"* dijo, *"vete y di lo que deseas, porque por Dios no te abandonaré bajo ningún concepto."*

Cuando vieron que sus palabras no habían conseguido nada con Abu Talib, el Quraysh todavía vaciló en atacar directamente a su sobrino, porque, como jefe del clan, Abu Talib tenía el poder de conceder protección inviolable, y a todos los restantes jefes de clan de la Meca les interesaba procurar que los derechos de los jefes se respetasen debidamente. Así pues por el momento se limitaron a organizar una amplia persecución de los partidarios de la nueva religión que no tenían a nadie que los protegiera.

Mientras tanto consultaron entre sí para intentar elaborar una política común sobre el problema que se les presentaba. La situación era sumamente grave: pronto llegaría la época de la Peregrinación y árabes de todas las partes de Arabia vendrían a la Meca. Ellos, el Quraysh, gozaban de una elevada reputación por la hospitalidad, no solamente en cuanto al alimento y la bebida sino también porque daban una buena acogida a todos los hombres, al igual que a sus dioses. Pero este año los peregrinos oírían a Muhammad y a sus seguidores insultar a sus dioses y serían instados a

abandonar la religión de sus antepasados y a adoptar una religión nueva que parecía tener numerosas desventajas. Sin duda muchos de ellos no volverían otra vez a la Meca, lo cual no sólo resultaría perjudicial para el comercio sino que también socavaría el honor en que eran tenidos los guardianes del Santuario. En el peor de los casos, los árabes podrían coaligarse para expulsarlos de la Meca y establecer a otra tribu o grupo de tribus en su lugar como ellos mismos habían hecho anteriormente con Juzaah, y como Juzaah había hecho con Yurhum. Por lo tanto, era esencial que a los árabes visitantes se les dijera que Muhammad de ninguna manera representaba al Quraysh. Pero, aunque era fácil negar su condición de Profeta, eso era simplemente expresar una opinión e indirectamente invitar a los otros a escuchar sus demandas y juzgar por sí mismos. Había que decir algo más, y aquí fallaba el asunto, ya que a algunos les había dado por decir que era un adivino, a otros que se trataba de un poseso, a otros que de un poeta, y aún había otros que decían que era un hechicero. Consultaron a Walid, el hijo de Mugirah, probablemente el hombre más influyente de la tribu en ese momento, sobre cuál de esas acusaciones sería la más convincente, pero él las rechazó todas como desacertadas; sin embargo, pensándose mejor, decidió que aunque el hombre en cuestión no era ciertamente un hechicero, compartía por lo menos una cosa con los hechiceros: poseía el poder de separar a un hombre de su padre, o de su hermano o de su esposa o de su familia en general. Por lo tanto les aconsejó que dejaran que su acusación unánime siguiese esas líneas, es decir, que Muhammad era un hechicero peligroso al que había que evitar a toda costa. Una vez que se hubo acordado seguir su consejo, decidieron que había que vigilar desde fuera de la Meca todos los caminos por los que se llegaba a la ciudad, y que había que advertir por anticipado a los visitantes para que estuviesen en guardia contra Muhammad, porque sabían por propia experiencia qué gran carisma podía tener. ¿No había sido, antes de empezar a predicar, uno de los hombres más queridos de la Meca? Y ni su lengua había perdido nada de su elocuencia ni su presencia nada de su incitante majestad.

Llevaron a cabo sus planes con minuciosidad y con celo. Por lo menos en un caso en concreto, sin embargo, estuvieron condenados al fracaso desde el principio. Un hombre de los Bani Gifar llamado Abu Dharr su tribu vivía al noreste de la Meca, no lejos del Mar Rojo ya había tenido noticias del Profeta y de la oposición a él. Como la mayoría de los miembros de su tribu, Abu Dharr era un salteador de caminos; pero, a diferencia de ellos, él creía firmemente en la Unidad de Dios y se negaba a prestar ninguna consideración a los ídolos. Su hermano Unays había ido a la Meca por alguna razón, y de regreso contó a Abu Dharr que allí había un hombre del Quraysh que afirmaba ser un profeta y que decía que no hay dios sino Dios, y su pueblo lo había rechazado por ello. Abu Dharr partió inmediatamente para la Meca, con la certeza de que allí había un verdadero profeta, y, a su llegada, los qurayshíes que vigilaban las entradas le dijeron todo lo que deseaba saber antes de que tuviera tiempo de preguntar. No resultó difícil encontrar el camino que conducía a la casa del Profeta. Éste yacía dormido sobre un banco en el patio; un pliegue del manto le cubría el rostro. Abu Dharr lo despertó y le deseó buenos días. *"¡Sobre ti sea la Paz!"* dijo el Profeta. *"Declama para mí tus palabras"*, dijo el beduino. *"Yo no soy un poeta,"* dijo el Profeta, *sino que lo que recito es el Corán, y no soy yo quien habla sino que es Dios quien lo hace."* *"Recita para mí"*, insistió Abu Dharr, y el Profeta le recitó un sura; después de lo cual, Abu Dharr dijo: *"Doy testimonio de que no hay más dios que Dios, y de que Muhammad es el mensajero de Dios."* *"¿Quién es tu gente?"* le preguntó el Profeta; ante esta respuesta del hombre lo miró de arriba abajo, asombrado, y dijo: *"Ciertamente Dios guía a quien Él quiere."* (Ibn Saad, IV, 164). Demasiado bien se sabía que los Bani Gifar eran en su mayoría salteadores de caminos. Después de instruirlo en el Islam, el Profeta le pidió que se volviese con su gente y que esperase sus órdenes. Por consiguiente, se volvió con los Baní Gifar, muchos de los cuales abrazaron el Islam a través de él. Mientras tanto siguió con su ocupación de salteador,

con atención especial a las caravanas del Quraysh. Pero cuando había despojado una caravana se ofrecía a devolver lo que había tomado con la condición de que diesen testimonio de la Unidad de Dios y de que Muhammad era un profeta.

Otro encuentro con el Profeta tuvo como resultado la entrada al Islam de los Bani Daws, que era, del mismo modo que Gifar, una distante tribu occidental. Tufayl, un hombre de Daws, contaría más tarde cómo había sido advertido a su llegada a la Meca acerca de las consecuencias que podía traerle el hecho de hablar con el hechicero Muhammad o incluso escucharlo. Temía sobre todo poder llegar a verse separado de los suyos. Tufayl era poeta y gozaba de una reputación considerable en su tribu. El Quraysh, por ello, insistió especialmente en su advertencia, y le hicieron concebir tanto miedo de ser embrujado que antes de ir a la Mezquita se taponó los oídos con algodones. El Profeta estaba allí, acababa de adoptar su postura para la plegaria, entre la Esquina del Yemen y la Piedra Negra, como solía hacer, orientado hacia Jerusalén, con el muro sur-oriental de la Kaabah justo delante de él. Su recitación de los versículos coránicos no era muy alta pero, con todo, algo de ella penetró en los oídos de Tufayl. *"Dios no quiso consentirlo"*, dijo este, 'sino que me hizo escuchar algo de lo que se recitaba y oí palabras hermosas. Así que me dije a mí mismo: *«Yo soy un hombre perspicaz, un poeta, y no ignoro la diferencia entre lo hermoso y lo vil. ¿Por qué entonces no debería escuchar lo que este hombre dice? Si es hermoso lo aceptaré, y si es vil lo rechazaré.»* Permanecí allí hasta que el Profeta se marchó; lo seguí, y cuando entró en su casa yo entré siguiéndole los pasos y dije: *«¡oh Muhammad, tu pueblo me contó esto y lo otro y me asustaron tanto acerca de tu condición que me taponé los oídos por temor a oírte. Pero Dios no quiso permitirlo y me hizo escucharte. Dime pues la verdad de lo que eres.»*

El Profeta le explicó el Islam y recitó el Corán, y Tufayl hizo su profesión de fe. Luego se volvió con su gente dispuesto a convertirla. Su padre y su mujer lo siguieron en el Islam, pero el resto de los Daws vaciló. Tufayl regresó a la Meca profundamente decepcionado y airado, solicitando al Profeta que les echase una maldición. Pero, en su lugar, el Profeta pidió para que fueran guiados y dijo a Tufayl: *"Vuelve con tus gentes, llámalas al Islam y trátalas con dulzura."* (1.1.252-4). Así pues, volvió, siguió fielmente estas instrucciones, y con el paso de los años se fueron convirtiendo cada vez más familias de los Daws.

Antes de conocer al Profeta, Tufayl solamente había conocido a los enemigos de éste; pero otros peregrinos conocieron también a sus seguidores, que les contaron una historia muy diferente de la que los enemigos relataban, y cada cual creyó lo que su naturaleza le impulsaba a creer. Como consecuencia, en toda Arabia se hablaba, mejor o peor, de la nueva religión de Muhammad; pero en ningún lugar se habló tanto de ella como en el oasis de Yathrib.

Abu Yahl y Hamzah

El crecimiento ininterrumpido del número de los creyentes en la Meca trajo consigo un incremento correspondiente de la hostilidad de los incrédulos. Un día, cuando algunos de los principales hombres del Quraysh se hallaban reunidos en el Hichr atizándose implacablemente entre sí la cólera contra el Profeta, sucedió que éste en persona entró en el Santuario. Dirigiéndose hacia la esquina oriental de la Kaabah, besó la Piedra Negra y comenzó a dar las siete vueltas. Cuando pasó junto al Hichr elevaron sus voces profiriendo ignominiosas calumnias contra él; por la expresión de su rostro estaba claro que había escuchado sus palabras. Pasó junto a ellos de nuevo una segunda vez y volvieron a difamarlo. Pero, mientras hacía lo mismo la tercera vez que pasaba a su lado, se detuvo y dijo: *"¡Oh Quraysh! ¿Queréis escucharme? ¡Ciertamente que, por Aquél en cuyas manos está mi alma, os traigo inmolación!"* Esta palabra y la forma en que la dijo pareció dejarlos paralizados como por hechizo. Ninguno de ellos se movió ni habló, hasta que al fin el silencio fue roto por uno de los que se habían mostrado más violentos, diciendo con toda amabilidad: *"Sigue tu camino, ¡oh Abu-I-Qasim!, porque, por Dios, tú no eres un necio ignorante."* Sin embargo, no duró mucho el respiro, porque pronto comenzaron a culparse a sí mismos por haberse atemorizado tan inexplicablemente, y juraron que, en el futuro, habrían de enmendar esta debilidad pasajera.

Uno de los peores enemigos del Islam era un hombre de Majzum llamado Amr y conocido por su familia y amigos como Abu-I-Hakam, nombre que los musulmanes no tardaron en convertir en Abu Yahl, *"el padre de la ignorancia"*. Era nieto de Mugirah y sobrino del ya entrado en años Walid, que era el jefe del clan. Abu Yahl estaba seguro de que sucedería a su tío, y ya se había establecido una cierta posición en la Meca a través de su riqueza y su hospitalidad ostentosa, y en parte también por haberse hecho temido a causa de su implacabilidad y prontitud para vengarse de cualquiera que se le opusiera. Había sido el más incansable de todos los hombres que habían controlado las entradas de la Meca durante la reciente Peregrinación y el más ruidoso en su denuncia del Profeta como un brujo peligroso. Era también el primero a la hora de perseguir a los creyentes más indefensos de su propio clan, y de incitar a otros clanes a hacer lo mismo. Pero un día, a pesar suyo y de manera indirecta, rindió a la nueva religión un gran servicio.

El Profeta se encontraba sentado fuera de la Mezquita, cerca de la Puerta de Sala, llamada así porque los peregrinos salían por ella para cumplir el rito de pasar siete veces entre la colina de Safa, que está cerca de la Puerta, y la colina de Marwah, a unos 450 metros hacia el norte. Una roca cerca del pie de Safa señala el punto de inicio del antiguo rito, y el Profeta se hallaba solo en este lugar santificado cuando Abu Yahl entró en la Mezquita para unirse a los qurayshíes que estaban reunidos en el Hichr. El Profeta, embargado por la tristeza, se puso de pie y regresó a su casa.

Apenas se había marchado cuando, por la dirección opuesta, apareció Hamzah de vuelta de caza, con el arco colgando del hombro. Tenía por costumbre, siempre que regresaba de cazar, hacer los honores a la Casa Sagrada antes de reunirse con su familia. Viéndolo acercarse, cerca de la Puerta de Safa, una mujer salió de su casa y lo abordó. Era ella una liberta del ya fallecido Abd Allah ibn Yudan de Taym, el hombre que veinte años antes había sido uno de los principales introductores del pacto de caballería, *"Hilf al-Fudul."* Los Yudan eran primos de Abu Bakr, y ella misma, mostrándose bien dispuesta hacia el Profeta y su religión, se había sentido ultrajada

por los insultos de Abu Yahl, todas y cada una de cuyas palabras había acertado a oír. "Abu Umarah, ⁽¹⁾" le dijo a Hamzah, *"ojalá hubieses visto cómo Muhammad, el hijo de tu hermano, fue tratado hace un momento por Abu-I-Hakam, el hijo de Hisham. Lo encontré aquí sentado, y de la forma más odiosa lo injurió y vilipendió. Luego lo dejó"* y Muhammad(saws) no respondió ni una palabra." Hamzah, hombre de naturaleza amable y maneras sencillas, era sin embargo el hombre más valiente del Quraysh, y cuando se excitaba podía llegar a ser el más formidable y el más inflexible. Su fornido cuerpo se sintió sacudido entonces por una cólera como nunca había experimentado antes, y su cólera liberó algo en su alma, dando conclusión a una resolución ya medio formada. Entrando a grandes zancadas en la Mezquita se fue derecho hacia Abu Yahl, y, de pie, por encima de él, alzó su arco y lo descargó con todas las fuerzas sobre su espalda. *"¿Quieres insultarlo,"* dijo *"ahora que yo soy de su religión y ahora que afirmo lo que él afirma? Devuélveme golpe por golpe, si puedes."* A Abu Yahl no le faltaba coraje, aunque en esta ocasión, evidentemente, sintió que era mejor dar por concluido el incidente. Así, cuando algunos de los majzumíes presentes se levantaron con la intención de ayudarlo, él les hizo señas para que se sentasen, diciendo: *"Dejad a Abu Umarah, porque por Dios que injurié al hijo de su hermano de una forma absolutamente repugnante."*

(1) Umarah era la hija de Hamzah. La forma mas fina de tratamiento entre los árabes es llamar por su nombre "padre (Abu) de fulano" y a una mujer (Umm) de fulano".